



Es ya casi un lugar común escuchar las acusaciones contra la televisión como deseducadora de niños, jóvenes y adultos por sus programas cada vez más cargados de sexo y violencia.

# Televisión: más que un peligro moral

**S**in embargo, esta dimensión problemática de la televisión podría prevenirse con una cuidada educación al uso crítico de este medio visual.

En cambio, hay otra dimensión mucho más peligrosa que ejerce un daño a la persona, sea ésta grande o pequeña. Su peligro radica, sobre todo, en la influencia insidiosa que ejerce en el deterioro de la inteligencia humana.

La televisión, como todos los medios de comunicación social, se rige por objetivos económicos. Estos medios están dominados por enormes empresas comerciales que invierten en ellos fabulosas cantidades de dinero con el único objetivo de la ganancia económica.

De allí, que su único indicador de eficiencia sea el rating, el índice de audiencia. Un programa, mejor todavía si es una serie televisiva, tiene éxito en la medida en que llega a un público masivo.

Para lograr esto, la televisión debe acomodarse al gusto y a la capacidad intelectual de la mayoría de sus clientes. Lo cual quiere decir que el nivel intelectual de los contenidos televisivos debe responder al mínimo común denominador, es decir el nivel más bajo de las exigencias intelectuales de su audiencia.

Eso la obliga a ofrecer programas fácilmente digeribles, de evasión, de entretenimiento amodorrador. Lo importante es mantener cautiva a la audiencia con una programación que no exija ningún esfuerzo intelectual significativo.

Es todo lo contrario del reto que supone la lectura. Por su naturaleza, el libro presenta, desde su inicio, un reto al lector. Lo enfrenta a lo imprevisto, a lo desconocido. El lector deberá fatigarse para ir desentrañando poco a poco el misterio que se le irá develando conforme asuma la fatiga de aventurarse palabra por palabra en lo desconocido.

La lectura, así vista, despierta en el niño y en el adulto el espíritu crítico, el afán por la exploración intelectual arriesgada, la fatiga de pensar. El lector dialoga mentalmente con el autor. Leer es siempre una aventura de exploración, con la consiguiente curiosidad cada vez más despierta.

La televisión, en cambio, adormece. Es como una droga intelectual, donde todo es previsible y está ausente el gusto por la aventura intelectual. El televidente se deja llevar por una onda tibia, donde no hay estímulos mayores.

En este sentido, la televisión es altamente dañina para el espíritu humano, ya que le impide el reto crecer por la vía del esfuerzo intelectual.

Vista así, la televisión es un enemigo mortal de la escuela, ya que priva al niño del encanto de lo nuevo y del gusto por la exploración intelectual. Es anestesia agradable que bloquea el objetivo de formar seres pensantes y críticos